This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

PQ6621
.O745 C3
1878
SAL
STANFORD
LIBRARIES

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

UN CARGO
DE CONFIANZA,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAFAEL LOPEZ DEL RIO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de* 1.° *de Abril de* 1877.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
		Amor á la patria—d. o. v.	1	D.ª Rosario de Acuña	Todo.
4	2	Caiga el que caiga—j. o. p.	1	D. Eduardo Sz. Castilla.	»
3	3	Casamientos y vice-versa	1	Daniel Balaciart	»
4	2	Dios aprieta	1	J. Velazquez y Schez.	»
		Dimats 13	1	José Ovara	»
3	3	Dos prófugos—p. o. v.	1	Pascual de Alba	»
»	»	El conde Patrizio	1	G. Sanchez Castilla	»
10	1	El laurel de Virgilio—d. o. p.	1	Ricardo de Medina	»
1	10	El premio á la virtud-c. o. v.	1	José Olier	»
		En el Cármen y por Cármen—j. o. v.	1	Elías Aguirre	»
3	1	Fuerza mayor	1	José Estremera	»
3	2	Hay entresuelo	1	José Estremera	»
4	3	Joaquinito—j. o. p.	1	M. Rodrigz. Saavedra	»
		La mamá de mi mujer	1	Eduardo Maza	»
0	3	La perla de mi mujer	1	C. Gil y Luengo	»
		Los tres novios de la niña	1	M. Ramos Carrion	»
4	2	La torre de Talavera	1	Eugenio Sellés	»
3	1	Otro José—c. o. p.	1	José de Fuentes	»
2	2	Por un anuncio	1	J. G. de Iribarrén	»
2	1	Receta contra la bilis—c. o. v.	1	José Trinchant	»
3	2	Tenorio y Mejía—j. o. v.	1	Leandro Torromé	»
2	3	Una y no más—c. a. p.	1	Ricardo Medina	»
		Un aprendiz de lleti	1	José Ovara	»
4	2	Un nido de víboras—c. a. p.	1	José de Fuentes	»
5	2	El 15 de Febrero—j. o. p.	2	Salvador Lastra	»
4	2	Un cuento de niños—c. o. v.	2	Antonio G. Gutierrez.	»
6	2	Un cargo de confianza	2	R. Lopez del Rio	»
5	2	¡Don Martin!	3	R. Lopez del Rio	»
		El chiquitin de la casa—j. a. p.	3	M. Pina Dominguez	»
		El más sagrado deber—d. o. v.	3	D. Leopoldo Cano	»
3	3	Enseñar al que no sabe-c. o. v.	3	Leandro A. Herrero.	»
3	2 a.	Elhelgiva	3	D.ª Elisa de Luxán	»
		Fueros y Germanías, ó el encubierto de Valencia	3	D. F. Palanca y Roca	»
		La cruz de plata	3	F. Palanca y Roca	»
10	2 a.	La dama del Rey	3	Valentin Gomez	»
7	2	La evidencia	3	F. Perez Echevarría	»
3	3	La rosa amarilla—c. a. v.	3	Eusebio Blasco	»
3	2	Los niños y los locos	3	Eusebio Blasco	»
		Pablo ó la Providencia	3	F. Cid Rodriguez	»
6	3	Una criolla—c. o. v.	3	A. García Gutierrez.	»

UN CARGO DE CONFIANZA.

UN CARGO DE CONFIANZA,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAFAEL LOPEZ DEL RIO.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de la ALHAMBRA la noche del 5 de Diciembre de 1877.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA.....	Srta. D.ª A. Fernandez.
MERCEDES.....	Sra. Matilde Ros.
FEDERICO.....	Sr. D. Manuel Catalina.
DON FERNANDO.....	Sr. D. Francisco Lumbreras.
EDUARDO.....	Sr. D. Joaquin Estrada.
CÉSAR.....	Sr. D. Francisco Lopez.
SIMON URRUETA.....	Sr. D. José Alverá.
JOSÉ, criado.....	Sr. D. Santiago Delgado.

Época actual.—En Madrid: 1877.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EMINENTE ACTOR

D. MANUEL CATALINA.

En prueba de cariño y gratitud.

R. L. P. E.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante en casa de D. Fernando. Puertas laterales y al foro. Un velador, costurero, periódicos, libros, etc.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO á la izquierda, escribiendo sobre el velador y EMILIA á la derecha leyendo un periódico al lado de un costurero.

EMILIA. (Dejando el periódico.) ¡Eduardo! ¡Eduardo! ¿Se puede saber qué haces con tanto empeño?

EDUAR. (Sin moverse.) Estoy componiendo un soneto.

EMILIA. ¡Ay! ¿de veras? Yo quiero verlo. Me gustan tanto los versos ..

EDUAR. Es imposible... ademas... está en inglés, es un trozo del Paraiso de Milton.

EMILIA. Entónces... (Si yo pudiera... (Acercándose de puntillas.) Es una carta. (Leyendo.) «Querida mia...»

EDUAR. (Viéndola.) Pues me gusta la curiosidad.

EMILIA. Perdona, hijo mio, pero eso no es inglés. Quién es esa «¿querida mia?» ¿Es tu novia tal vez? ¡Qué calladito lo tenías! Yo quiero verla... ¿es bonita?

EDUAR. Esas son cosas que á tí no te importan. ¡El diablo de la chiquilla! (Cerrando la carta.)

EMILIA. ¡Sí, chiquilla, sí! y hace más de un año que me sacaron

del colegio. En tanto que tú aún tienes preceptor.

EDUAR. No es cierto, porque ayer precisamente lo despidió papá, y eso prueba que ya soy todo un hombre.

EMILIA. Jú, já, já! ¿Un hombre tú?... y aún no tienes bigote.

EDUAR. ¿Cómo que no tengo? tú no me has reparado bien. (Haciendo que se le atusa.)

EMILIA. Entónces mucho lo disimulas, porque yo no veo!..

EDUAR. ¡Cómo lo has de ver, si me lo he afeitado!

EMILIA. ¡Qué lástima! ¿y por qué?

EDUAR. Porque no están ya de moda.

EMILIA. Pues déjate las patillas.

EDUAR. ¡Bah! voy á parecer un cochero.

EMILIA. Ó si no toda la barba.

EDUAR. (Si la tuviera!...) No soy poeta ni pintor.

EMILIA. ¡Ay, Eduardo! por más que hagas, como no te untes con aceite de bellotas, me parece que no te escapas...

EDUAR. ¡Eh! ¿qué quieres decir?

EMILIA. Que sin duda papá no opina como tú, y trata de darte otro preceptor.

EDUAR. ¿Un preceptor? ¡imposible!

EMILIA. Tienes razón, es un ayo.

EDUAR. ¿Un ayo? Eso no es cierto. ¿Te han llevado mucho por la noticia?

EMILIA. Dos cuartos. Aquí está *La Correspondencia* que lo dice; entérate. (Dándole el periódico y señalando en los anuncios.)

EDUAR. ¿Á ver? (Lee.) «Ama de cría para casa de los padres.»

EMILIA. ¡No, eso no es!

EDUAR. (Leyendo.) «Se necesita un ayo, darán razon, calle de Recoletos, veinte, principal.»

EMILIA. ¿Qué dices ahora?

EDUAR. Que esto es alguna broma de mal gusto.

EMILIA. *La Correspondencia* es muy formal, y ademas... este anuncio es de papá.

EDUAR. Pues es soberanamente ridículo tratarme como un niño de ocho años. ¡Cómo se reirán mis amigos! ¿Yo que les había convidado á un almuerzo en Fornos para celebrar mi emancipacion! ¡Me he lucido! ¿Y qué dirá Erminia?

EMILIA. ¿Erminia? Bonito nombre. ¿Es esa tu novia?

EDUAR. Déjame en paz. No, no sufriré tal tiranía. Me sublevo, me insurrecciono.

EMILIA. Baja la voz, no vayan á declarar la casa en estado de sitio.

EDUAR. No me importa. Yo le aseguro á ese ayo que se acordará de mí. Le aburriré de tal modo, que tendrá que hacer la dimision. Voy á ver á papá, y si no cede...

EMILIA. En este momento no está visible.

EDUAR. ¿Por qué?

EMILIA. No lo sé. Esta mañana recibió una carta, creo que de Sevilla, y al leerla se turbó bastante: despues se encerró en su despacho, y dió la órden á José de que no recibía á nadie.

EDUAR. ¿Qué será? abren la puerta...

EMILIA. Es José, éste sabrá... José. (Este sale puerta izquierda y la vuelve á cerrar.)

JOSE. Señorita...

EMILIA. ¿Qué te quería ahora papá?

JOSE. Me ha mandado que prepare su maleta, pues dice que tiene que ponerse en camino inmediatamente, y ahora estará en el cuarto de la señora.

EMILIA. Pues corro á verle. ¿Vienes, Eduardo?

EDUAR. Al momento. (Emilia echa á andar mientras Eduardo dice aparte á José.) (José, lleva esta carta á su destino.)

EMILIA. (Volviéndose.) ¿Vienes, ó no?

EDUAR. Sí, vamos allá. (Vánse foro izquierda.)

ESCENA II.

JOSÉ y FEDERICO.

JOSE. (Leyendo el sobre.) «Á la señorita Erminia de... Calle de la Magdalena.» Válgame la Magdalena, y cuántos paseos me hace dar la tal señorita. Pero calla, ¿quién será este señor?

FEDER. (Por el foro, entra examinándolo todo con mucha atencion y sin reparar en José.) Nada, todo está en su sitio. Es extraño.

JOSÉ. Caballero...

FEDER. ¿Quién? ¡Ah! (Mirando atentamente á José.) Es particular.

JOSÉ. (¡Cómo me mira! (Ap.) ¿Qué se le ofrecía á usted?)

FEDER. ¿Don Fernando de Santibañez?

JOSÉ. En este momento no puede recibir á usted.

FEDER. Muy bien, esperaré.

JOSÉ. Si digo que no puede recibirle.

FEDER. Y yo digo que esperaré.

JOSÉ. (Ap.) (No entiende de indirectas. (Alto.) Entónces tenga usted la bondad de decirme su nombre.)

FEDER. Es inútil: el señor de Santibañez no me conoce.

JOSÉ. Eso no importa. ¿Á quién le anuncio?

FEDER. Á quien te dé la gana. Á don Juan de Austria ó á don Pedro Lamparilla, es igual: escoje el que más te guste.

JOSÉ. Corriente. (Ap.) (Qué señor más extravagante.) (Váse foro izquierda.)

ESCENA III.

FEDERICO luego JOSÉ.

FEDER. Lo dicho: me he equivocado de medio á medio. Este salon se parece á todos los salones; nada tiene de extraordinario. Los muebles son de gusto; todo está en órden. Es particular; yo que creí encontrarme en algun museo de antigüedades... Estoy por tomar la puerta.

JOSÉ. (Por el foro.) El señor ha dicho que se espere usted.

FEDER. Mira, vuelve á decirle que...

JOSÉ. (Con malos modos.) Vuelvo. (Váse foro.)

FEDER. Hasta el criado es como todos, mal criado. Me decido. Media vuelta. En marcha.

ESCENA IV.

FEDERICO y CÉSAR.

CÉSAR. (Dentro.) No te molestes, José, yo me anunciaré.

FEDER. (Deteniéndose.) Yo conozco esa voz.

CESAR. (Por el foro derecha.) Está bien, le esperaré examinando los grabados de la *La Ilustracion*. Caballero... Federico...

FEDER. (Ap.) (Diablo de encuentro.) ¡Hola, César!

CESAR. ¿Qué haces aquí?

FEDER. Yo, nada.

CESAR. ¿Cómo es eso?

FEDER. ¿Y tú?

CESAR. Yo soy amigo de la casa.

FEDER. Entónces permíteme que forme mala opinion de ella.

CESAR. Mal hecho, porque es una familia apreciabilísima.

FEDER. Extravagante, eh!

CESAR. Al contrario. Don Fernando es un excelente hombre... Lo que se llama un buen padre de familia, con doce mil duros de renta.

FEDER. Preciosas cualidades. ¿Y cuántos hijos tiene?

CESAR. Dos, y una mujer encantadora, divina... Un poco coqueta, pero esto no es defecto á su edad.

FEDER. ¿Pues qué edad tiene?

CESAR. Eso es imposible saberlo á punto fijo. Las mujeres no son aficionadas á la estadística; pero representa algunos veinticinco años.

FEDER. Entónces los hijos estarán en ama.

CESAR. El mayor tiene diez y ocho años.

FEDER. ¡Demonio!

CESAR. Y es un guapo chico. Algo inocente y bastante enamorado. Y en cuanto á la hermana, es una niña poética, bien educada, con un talle esbelto y un candor angelical.

FEDER. Segun esto, ¿don Fernando está casado en segundas nupcias?

CESAR. Efectivamente, (Federico mira á la puerta.) ¿pero qué te sucede?

FEDER. Nada, qué... Adios, querido César.

CESAR. ¡Cómo es eso! ¿te vas?

FEDER. Sí; lo que acabas de decirme es bastante.

CESAR. No te comprendo. ¿Con qué objeto has venido á esta

casa?

FEDER. Con el objeto de que me echen á la calle.

CESAR. Explícate, ¿es algun secreto?

FEDER. Nada de eso. Ya sabes mi modo de vivir y que soy una especie de hongo en esta Babel castellana. Anoche me hallaba en el Suizo con algunos amigos de buen humor, y todos ellos me estaban aburriendo con la idea de que aceptára un destino del Gobierno. Tú ya conoces mis principios políticos, y que aunque calavera, no vendo mi conciencia por un plato de lentejas. Abrumado por aquella granizada de burlas, apoyé los codos sobre el velador, y bajé la cabeza esperando que pasára el chubasco, cuando mi vista se fijó en un anuncio de *La Correspondencia*. Un rayo de luz cruzó por mi mente, y levantándome de pronto y dando un fuerte puñetazo en el mármol, exclamé: ¡Eureka! Ya encontré lo que buscaba. ¿Qué es ello? Exclaman todos. Mirad: se necesita un ayo. ¿Y bien? Que este ayo soy yo. Figúrate el asombro de mis amigos. ¡Valiente ayo! ¡Pobre criatura! ¡Tendría que ver! Y todos reían como locos. Yo algo amoscado me formalicé, y entónces ellos me juraron que si no llevaba á efecto mi plan me conceptuarían indigno de la fama de hombre de mundo que tengo, á ménos que no pagára mi rescate cual nuevo Bautista, entre las abluciones del champagne y del Burdeaux.

CESAR. ¿Pero qué conexion tiene esto con tu venida á esta casa?

FEDER. Que en ella precisamente es donde necesitan el ayo.

CESAR. ¡Es gracioso! ¿Y tú vienes á pretender la plaza?

FEDER. Venía porque ya estoy arrepentido. Esto de buscar un ayo me parecía tan extraño, que yo esperaba hallarme con un señor *Antidiluviano*, con su correspondiente peluquin, sus zapatos con hebillas y la consabida caja de rapé. Y ahora veo que es todo lo contrario. Por lo tanto, estoy decido, renuncio á mi empresa y abandono el campo.

CESAR. ¡Já! ¡já! já! Tiene gracia la ocurrencia, Cómo se reirán

tus amigos cuando se enteren.

FEDER. Como tú. Los tontos se rien de cualquier cosa.

CESAR. Es verdad. Aquí tienes á don Fernando.

ESCENA V.

DICHOS y D. FERNANDO, por el foro izquierda.

FERN. ¡Caballero!

FEDER. Servidor.

CESAR. Amigo don Fernando, á sus órdenes.

FERN. ¡Hola! ¿usted por aquí?¡ ¿Es acaso este caballero quien me hacía el honor de esperar?

FEDER. Yo... no señor... sino que...

CESAR. ¿Cómo que no? si acabas de decirme...

FEDER. (¡Habrá necio!) Es cierto, sí, quería decir que no tenía prisa, y que sentiría molestar...

FERN. De ninguna manera. Estoy á su disposicion. Amigo César, este caballero y yo tenemos que hablar de asuntos de poco interés, y sentiría aburrirle con nuestra conversacion. En el salon encontrará quien le haga pasar más agradablemente el tiempo.

FEDER. (Qué manera tan delicada de despedirle.)

CESAR. Sí, pasaré á saludar á la señora. (Es lo que yo deseaba.) Con su permiso... Adios, Aguilera. (Dándole la mano.) (Buena suerte.)

FEDER. Gracias. (Qué tipo.)

ESCENA VI.

FEDERICO, D. FERNANDO.

FERN. (¡Le ha llamado Aguilera! Esta fisonomía tiene cierto parecido... si será...

FEDER. (Estoy en una posicion ridícula.)

FERN. (Observemos.) Hágame usted el obsequio de tomar asiento, caballero, y diga á qué debo el honor... Tengo poco tiempo de que disponer. Parto ahora mismo para Sevilla, y el tren sale...

FEDER. Sí, á las ocho y cuarenta.

FERN. Efectivamente, ¿ha estado usted en Sevilla alguna vez? Acaso podrá usted indicarme...

FEDER. He nacido en ella, pero salí muy niño, y aun cuando tengo familia allí, no sostengo relaciones con ella.

FERN. (No cabe duda, es el mismo.) En ese caso no insisto y puede desde luego explicar su visita.

FEDER. (¡Aquí fué Troya! Osadía.) Según he leído en *La Correspondencia*, creo que en esta casa necesitan un preceptor, un ayo.

FERN. Con efecto, aquí es. Le parecerá á usted un poco extraño, y sin embargo, yo lo encuentro muy razonable. Por conducto de mis amigos me hubiera visto precisado á aceptar el primero que se presentára, aun cuando no fuera de mi agrado, en tanto que por este procedimiento soy libre de admitir al que reuna mejores condiciones para el caso.

FEDER. Me parece muy bien. (Voy á hacer que me plante en la calle.) Pues yo venía á ofrecer á usted mis servicios.

FERN. ¿Cómo, usted, caballero? ¡Nunca lo hubiera creído! (No esperaba este desenlace.)

FEDER. ¿Le extraña á usted? es natural, sin duda mi edad no le inspira á usted suficiente confianza, y en ese caso no quiero molestar á usted por más tiempo. Beso á usted la mano. (Levantándose.)

FERN. (Deteniéndole.) Le comprendo á usted, y somos de la misma opinion. Con buena voluntad se consiguen los mayores imposibles.

FEDER. (Pues señor, le he entrado por el ojo derecho.)

FERN. En cuanto á sus conocimientos serán los más vastos.

FEDER. Sí, en efecto. (No son muy finos que digamos.)

FERN. Usted dirá.

FEDER. (Aquí de mi elocuencia.) Pues bien, señor don Fernando, no quiero engañar á usted. Yo no sé más que montar á caballo y batirme en regla con toda clase de armas.

FERN. (¡Pues me gusta! ¡Pero, caballero, es posible!...)

FEDER. Perdone usted, sé lo que va usted á decir y me retiro. Beso á usted la mano. (Levantándose.)

FERN. (Deteniéndole.) Permita usted que me explique... Iba á decir que parece imposible que haya encontrado un ayo para mi hijo que reuna tales cualidades.

FEDER. (Caracoles, ¿si se estará burlando de mí?)

FERN. Continúe usted; ¿y qué más conocimientos posee usted?

FEDER. ¿Qué más conocimientos? Pues nada más, caballero.

FERN. (Sin duda está ya arrepentido.) Le suplico deje á un lado la molestia y diga sin ambajes qué otros conocimientos tiene.

FEDER. Pues bien, caballero, (El trueno gordo.) sé jugar al billar, al monte, al tresillo, al dominó; soy un jugador desenfrenado. He tenido catorce duelos, veintisiete queridas, y he derrochado mi fortuna. (¡Ajajá! Ahora me arroja por el balcon.)

FERN. ¿Es usted músico tambien?

FEDER. ¡Eh!

FERN. ¿Conoce usted algun instrumento?

FEDER. (¡Me gusta la salida!)

FERN. El piano, el violin ó el...

FEDER. (El violon.) Tan sólo toco el fagot.

FERN. ¡Oh! el instrumento que mejor imita la voz del hombre.

FEDER. Sí. (Cuando está constipado.)

FERN. Perfectamente, amigo mio. He oido con gusto el escogido programa de educacion que se propone desarrollar, y en vista de ello me decido á...

FEDER. ¿Que me quite de en medio? Comprendido. (Gracias á Dios.)

FERN. Al contrario, me decido á que sea usted el ayo de mi hijo.

FEDER. (¡Qué atrocidad, estará loco!) Pero señor mio, sin duda no ha meditado usted bien el valor de mis palabras y por eso...

FERN. No á fé, lo he comprendido perfectamente. Usted se ha dicho, un muchucho que sale del colegio, no necesita ya de latines ni de griegos, sino de la ciencia del mundo,

del arte de vivir en sociedad. Lo que necesita es saber dirigir la carrera de un caballo, la punta de una espada y el cañon de una pistola.

FEDER. (¿Pero qué dice este hombre?)

FERN. Ya ve usted que le he comprendido perfectamente.

FEDER. (Pues este va de veras.) ¿Y no teme usted?...

FERN. ¿Sus antecedentes? Al contrario, ellos son la mejor garantía para el porvenir; libertino, arruinado, jugador, duelista y escarmentado, puede usted con más acierto que nadie enseñarle á mi hijo el camino de la prudencia, de la moderacion y de la economía. Y si en apoyo de sus consejos le muestra usted su pecho magullado, su bolsa vacía y un corazon lacerado por los desengaños, muy torpe ha de ser si no hace usted de su discípulo un hombre de provecho. Ya ve usted que le he comprendido perfectamente.

FEDER. (¡Estoy asombrado!)

FERN. Por lo tanto, acepto sus servicios, y sólo falta que me diga usted su nombre.

FEDER. (No hay escape.) Mi nombre es Federico Aguilera y San Juan.

FERN. (Es el mismo, no me engañé.) Pues bien, señor Aguilera, desde este momento ha tomado usted posesion de esta casa y entrado en el ejercicio de sus funciones. Yo tengo que ausentarme por algun tiempo, y quiero que usted me represente durante mi ausencia.

FEDER. Señor don Fernando, voy á hablar á usted con franqueza. Hace algunos minutos que no me doy cuenta de lo que me sucede, su lenguaje de usted me ha llenado de confusion, y creo que para obrar así, tiene usted alguna razon muy poderosa.

FERN. Con efecto, señor Aguilera, tengo una.

FEDER. ¿Y cuál es?

FERN. Es inútil que se la diga á usted si no acepta, y en caso afirmativo, lo sabrá usted despues de mi partida.

FEDER. Por favor, explíquese usted. (José se presenta en el foro.)

FERN. Qué traes, José?

JOSÉ. (Ap. á D. Fernando.) Don Simon de Urrueta, desea hablar con usted inmediatamente.

FERN. (¡Otra vez ese hombre!) Está bien: acompáñale á mi despacho. (José váse foro.) Señor don Federico, me veo en la precision de dejarle á usted por un momento. Dispénseme usted, y entre tanto le ruego que reflexione sobre lo que acabamos de tratar. (Váse foro izquiesda.)

ESCENA VII.

FEDERICO y á poco CÉSAR.

Pues señor, en mi vida me he encontrado en una situacion tan extraña como esta. Ignoro lo que me pasa; estoy atolondrado, y no sé qué partido tomar. Vine á esta casa con el ánimo de divertirme á costa de un pobre señor, y me encuentro en medio de una especie de manicomio, donde el hombre de más juicio pierde la razon al contacto de sus moradores. Afortunadamente mi enfermedad aún tiene remedio, y el más eficaz es salir inmediatamente de esta casa. ¡Pero diablo! ¿y ese motivo poderoso que tiene para obrar así conmigo?

CESAR. (Dentro.) Celebraré que no sea de cuidado.

FEDER. ¿César otra vez? ¿Qué buscará por aquí este necio? Veamos. ¿César? (Á César que atraviesa el foro.)

CESAR. (Entrando.) Calla, ¿aún estás por aquí?

FEDER. Ya lo ves.

CESAR. ¿Aún no te han echado á la calle?

FEDER. Al contrario. Ya soy de casa.

CESAR. ¿Cómo es eso?

FEDER. Como que soy el ayo del hijo de don Fernando.

CESAR. ¿Tú? no puede ser.

FEDER. Pues lo es.

CESAR. ¿Pero tú no aceptarás?...

FEDER. Estoy indeciso.

CESAR. ¿Te burlas?

FEDER. No tal, he reflexionado que... Por otra parte, hace poco

me hablaste de una mujer jóven, coqueta, romántica, y casi estoy tentado...

CESAR. ¿Á qué?

FEDER. Á hacerla la córte.

CESAR. ¿Á la esposa de don Fernando? Imposible.

FEDER. Pues lo veremos. Á ménos que tú no te opongas á ello.

CESAR. Yo... á la verdad, no... pero don Fernando es amigo mio y...

FEDER. ¿Tú amigo de un hombre que tiene la mujer bonita? Cuéntaselo á otro.

CESAR. Te juro que...

FEDER. Entónces, vendrás por la hija?

CESAR. Ni pensarlo siquiera.

FEDER. ¿Palabra de honor?

CESAR. Palabra de honor.

FEDER. Pues una vez que encuentro el camino libre, te confesaré que ese es el objeto de mi ambicion.

CESAR. ¡Magnífico! ¿Conque la niña te ha flechado? Ahora comprendo tu venida á esta casa. Tu pretension á la plaza de ayo era el pretexto para...

FEDER. Precisamente. ¡Ah! supongo que podré contar con tu apoyo. Que pondrás en juego tu influencia con la mamá, y que...

CESAR. Descuida, eso corre de mi cuenta.

FEDER. Por fin, confiesas...

CESAR. ¡Qué diablos! ¿Y por qué no? Tú ya me conoces; me llamo César y tengo el mismo lema del general romano: llegar y vencer.

FEDER. Luego estás seguro.

CESAR. Poco á poco; hasta ahora es una excepcion. Pero no desespero. El marido va á emprender un viaje, y durante su ausencia la victoria será de César.

FEDER. (¡Habrá necio!) Pero ahora que recuerdo, ¿y aquella célebre Erminia? ¿Aquella ninfa con quien sostenías relaciones que fueron el escándalo de Madrid?

CESAR. ¡Bah! Afortunadamente acabó. Hemos reñido para siempre.

FEDER. ¿De veras?

CESAR. ¡Oh! ha sido un golpe maestro. La he tratado homeopáticamente, *similia similibus*, y á esta fecha adora á tu presunto discípulo. Un endoso al portador, ¿comprendes? Por este medio me libré de aquel censo y logré que me presentara en esta casa. ¿Qué te parece mi táctica?

FEDER. Muy ingeniosa. (¡Infame!)

CESAR. Y lo más divertido de todo, es que el tal Eduardito cree á su Erminia la virtud personificada, y la adora con toda la pasion de un colegial desbocado. ¡Já, já, já!

FEDER. Sí que es chistoso. (De buena gana...)

CESAR. Conque lo dicho, adios, Federiquillo, hasta la vista. Cuento contigo como tú puedes contar conmigo.

FEDER. Enhorabuena. (César se va por el foro.)

ESCENA VIII.

FEDERICO y EMILIA.

FEDER. ¿Y he de consentir que ese miserable llegue á perder á la vez al hijo y á la esposa de un hombre tan honrado? No, jamás. Yo no puedo consentirlo.

EMILIA. (Sale de prisa y al ver á Federico se detiene.) ¡Ah! Caballero...

FEDER. Señorita. (¡Qué linda es!)

EMILIA. Creí encontrar aquí á papá y...

FEDER. Siento en el alma, señorita, haber asustado á usted. ¡Como no tengo el honor de que me conozca! Federico Aguilera, futuro ayo de su hermano de usted.

EMILIA. ¡Cómo! ¿Usted el ayo de Eduardo?

FEDER. Sí tal, el ayo de Eduardo, hermano de usted, porque creo tener el honor de hablar con la señorita Santibañez.

EMILIA. ¡Un ayo! quién lo había de decir?...

FEDER. ¿Le extraña á usted?

EMILIA. La verdad, yo creía que todos los ayos eran viejos y feos, y usted...

FEDER. Y yo lo soy? Muchas gracias por el favor.

EMILIA. No es eso; sino que yo creía que había de ver un señor ridículo, con anteojos verdes y un leviton muy largo, muy largo, y veo que es usted todo lo contrario.

FEDER. Repito... (Es encantadora.)

EMILIA. Dispense usted la franqueza. Voy á ver si papá ha concluido de hablar con ese señor de Urrueta.

FEDER. ¿Urrueta dice usted?

EMILIA. ¿Le conoce usted tal vez?

FEDER. Un poco. Es decir, si es el que yo me figuro. Un prestamista insaciable, un judío de pura raza.

EMILIA. ¡Ay, Dios mio! Un judío dice usted? ¿Corre mi papá algun peligro?

FEDER. Tranquilícese usted, señorita. El señor Urrueta es incapaz de de... (hacer ningun favor.) ¿Y es visita de esta casa?

EMILIA. Viene á ver á papá todos los meses; pero los he oido hablar acaloradamente y temo...

FEDER. Repito que no corre su papá ningun peligro, yo respondo de ello.

EMILIA. ¿De veras? (Qué bueno es.) Entónces con su permiso voy á hacer compañía á mamá que está algo enferma. Caballero...

FEDER. Señorita...

EMILIA. (Es muy guapo.) (Váse foro.)

FEDER. ¡Qué niña tan simpática! Qué voz tan dulce, y que agradablemente resuena en mis oidos.

ESCENA VIII.

FEDERICO y URRUETA.

URRUET. (Dentro.) Hasta otra vista, señor don Fernando.

FEDER. Urrueta, ¿qué negocios traerá este usurero con esta honrada familia? Tengo curiosidad...

URRUET. (Saliendo por la puerta izquierda.) Trabajillo me ha costado, pero al fin soltó la mosca.

FEDER. Guárdete Jeová, amigo Simeon.

URRUET. Hola, señor don Federico. ¿Á qué casualidad debo la honra de ver á usted por esta casa?

FEDER. Vengo á esperar el Mesías, como tú.

URRUET. ¿Conoce usted al señor de Santibañez?

FEDER. Desde hace un momento. ¿Y tú?

URRUET. ¡Oh! yo le conozco hace ya diez años.

FEDER. Le compadezco.

URRUET. ¿Y por qué?...

FERN. Es muy sencillo: cuando se llama á un médico, es señal de que la salud escasea; más cuando se llama al prestamista, no está lejos la bancarrota.

URRUET. Pues en esta ocasion se equivoca usted, amigo, porque no se trata de desembolsar ya dinero; sino de recuperarlo.

FEDER. ¡Ah! vamos, esto es otra cosa. Algunos atrasos. Pecados antiguos. ¡Eh!

URRUET. Algo hay de eso, y apropósito, estoy esperando que llegue la hora de cobrar aquel piquillo que hace tanto tiempo me debe usted.

FEDER. ¿Aún no has quedado satisfecho, viejo judío?

URRUET. ¡No á fé! que aún falta que cobrar media talega, correspondiente á los réditos de dos años.

FEDER. ¡Bah! Pierde cuidado; te pagaré; lo juro, en los tres plazos consabidos, amigo Simeon.

URRUET. No; Simon, Simon es mi nombre.

FEDER. Es lo mismo! Me gusta llamarte así, Simeon es nombre más israelita, y te cuadra á las mil maravillas, porque tú eres un descendiente de la tribu de Leví.

URRUET. Siempre el mismo buen humor. ¿Conque dónde podré encontrarle para solventar esa cuentecita?

FEDER. Aquí mismo. Cuando vuelvas á coger el fruto de tus infames desvelos.

URRUET. ¡Eh! ¿qué significan esas palabras? ¿Acaso?...

FEDER. No hay que asustarse, querido Simeon, se trata únicamente de que hablemos como buenos camaradas y explotemos juntos tan preciosa mina.

URRUET. Que el diablo me lleve si le entiendo á usted. Ea, agur, agur. (Váse.)

ESCENA X.

FEDERICO y FERNANDO.

FEDER. Pues señor, á cada paso me encuentro con nuevos motivos que me atraen á esta casa. ¿Me quedo ó no me quedo? Tentaciones me dan de aceptar y salga lo que saliere.

FERN. (Saliendo.) Y bien, señor Aguilera, ¿ha reflexionado usted bastante?

FEDER. Estoy á sus órdenes.

FERN. Muy bien. (Toca un timbre.) Ya dije á usted ántes que tenía que partir inmediatamente, y que durante mi ausencia sería usted dueño de esta casa y guardian de toda la familia; por lo tanto voy á revestir á usted de la autoridad que necesita. (Á José, que se presenta.) Diga usted á los señoritos Eduardo y Emilia, que tengan la bondad de venir á esta sala. (Váse José.) Siento no poder presentarle á mi esposa, pues se ha indispuesto repentinamente á consecuencia sin duda de mi inesperado viaje; pero esté usted seguro que será la primera que acate las órdenes que usté se digne dictar.

FEDER. Una palabra.

FERN. Si es para hablarme de sueldo, suplico á usté no continúe. No es usted un dependiente de mi casa á quien he de pagar, sino un amigo á quien confío las llaves de mi caja y el honor de mi familia.

FEDER. Señor don Fernando; si hubiera palabra para expresar el asombro y gratitud que siento al recibir una honra tan inmerecida, quedaría usted persuadido de que al depositar en mí su confianza, no ha hecho nada de que pueda arrepentirse; y que cualquiera que sea el desenlace, sabré salir de esta casa con la frente erguida y la conciencia tranquila.

FERN. Así lo espero.

FEDER. Abandonado desde niño á manos mercenarias, no tenía idea de lo que era un sagrado deber. Mi padre partió

para América confiando mi educacion y mi fortuna á un mayordomo que me ayudó á disipar mi hacienda, y que luégo me dejó arruinado y siendo un ente inútil á la sociedad. Pero de hoy en adelante puedo asegurarle que á falta de inteligencia, la voluntad me enseñará el camino que debo seguir para merecer su estimacion y el título de hombre honrado.

FERN. Gracias, Federico, ahora veo que no me habia engañado.

ESCENA XI.

LOS MISMOS, EMILIA, EDUARDO y JOSÉ.

EDUAR. ¿Nos llamabas, papá? (El ayo.)

FERN. Sí; para presentaros al señor don Federico Aguilera, mi mejor amigo, y desde este momento ayo de Eduardo.

FEDER. Señorita... Caballero...

EDUAR. (Con sequedad.) Beso á usted la mano.

FEDER. (¡Qué tono!)

FERN. Querido Eduardo, este es tu preceptor, procura seguir los consejos y obedecerle en todo, y me darás una satisfaccion.

EDUAR. Papá, siento mucho que te hayas tomado el trabajo de buscarme un ayo; soy ya demasiado crecido para llevar andadores, y siento tambien que este caballero se moleste en enseñarme lo que no tengo ningun empeño en aprender.

FEDER. (El niño no se muerde la lengua.)

FERN. No esperaba de tí semejante desobediencia. Mi cariño y mi condescendencia para con vosotros nunca ha reconocido límites; pero te advierto que en esta ocasion estoy dispuesto á hacerme obedecer.

FEDER. Señor don Fernando...

FERN. Basta: durante mi ausencia este caballero será el único jefe de esta casa, despues de vuestra madre; debeis respetarle en un todo como si fuese yo mismo. Ya lo has

oido, José; lo mismo te encargo á tí, y lo harás presente á todos tus compañeros.

JOSE. Está muy bien.

FERN. Amigo mio, tengo necesidad de hablar un momento á solas con mi esposa. Le dejo á usté con su discípulo y ya volveré á verle ántes de partir. Ven conmigo, Emilia.

EMILIA. Vamos, papá. (Me alegro que se quede.)

ESCENA XII.

FEDERICO y EDUARDO.

FEDER. (Buena presencia... Mirada altanera; no me disgusta el muchacho.)

EDUAR. (¡Vamos, que al diablo no se le ocurre!...)

FEDER. (¡Bonita situacion la mia!) Caballero Eduardo, hágame usted el obsequio de tomar asiento.

EDUAR. Es inútil, me encuentro bien así.

FEDER. (Buen principio.) Se lo ruego.

EDUAR. Enhorabuena. Papá lo manda y debo obedecer. (Se sienta.)

FEDER. (Es buen chico.) Muchas gracias.

EDUAR. No hay de qué. ¿Sobre qué quiere usted preguntarme? ¿Latin? Conozco á Virgilio. ¿Griego? Sé de memoria á Homero.

FEDER. (Saber es.) Dejemos reposar tranquilamente á Homero y á Virgilio y respóndame usted con franqueza. ¿Cuál le gusta á usted más, el Champagne ó el Burdeaux?

EDUAR. ¿Esa pregunta... no comprendo?

FEDER. Pues está bien claro. Pregunto á usted ¿qué vino es más de su agrado, si el Champagne ó el Burdeaux?

EDUAR. Caballero, basta de broma.

FEDER. No es broma, se lo pregunto á usted muy serio. ¿No quiere usted contestarme? soy su preceptor.

EDUAR. Pues bien, me gusta más el Champagne.

FEDER. Ya me lo figuraba yo.

EDUAR. ¡Cómo! ¿qué quiere decir?

FEDER. No se alarme usted. Eso es muy natural. Á su edad todos hemos sido lo mismo. Pero, querido Eduardo, (Con gravedad cómica.) es preciso que tenga usted presente que el Champagne es un traidor espirituado que halaga nuestros sentidos y adormece nuestra razon. En cambio el Bourdeaux es estomacal y tónico por excelencia. Créame usted, amigo mio. Beba usted Bourdeaux cuanto apetezca; pero cuidado, mucho cuidado, se lo ruego con abusar del Champagne. (Ni Castelar.)

EDUAR. (Qué rareza.) Permítame usted que le diga...

FEDER. ¿Qué? que le parezco á usted un pedante estrafalario, ¿no es eso? Pues bien, pronto cambiará usted de opinion y seremos, se lo aseguro, los mejores amigos del mundo. José. (Llamando.)

JOSE. ¡Señor! (Saliendo al concluir la frase.)

FEDER. Hola, me admira tal diligencia. ¿Estabas escuchando la conversacion?

JOSE. (Turbado.) No señor.

FEDER. Mucho cuidado conmigo.

JOSE. Le juro á usted...

FEDER. ¡Basta! Traiga usted una botella de Jerez y unos bizcochos.

EDUAR. (¿Qué dice?)

JOSE. Voy al momento. (Parece el amo.) (Váse.)

(Breve pausa. Federico se pone á fumar.)

FEDER. ¿Fuma usted?

EDUAR. Sí, pero papá no lo sabe.

FEDER. ¡Muy mal hecho! ¡No se debe fumar! ó si se fuma se le debe decir á papá. ¡Pero ocultarse! ¡eso no se hace nunca! Tome usted una breva. (Le da un cigarro.)

EDUAR. (¡Pues me gusta! Me parece que nos entenderemos.) Mil gracias. (Fuma.)

JOSE. (Con bandeja, botella, copa y bizcochos.) Aquí está esto. (Están fumando.)

FEDER. Déjelo usté ahí.

JOSE. (Vaya un ayo.) (Lo deja sobre el velador y se va foro.)

FEDER. (Llenando la copa.) Ahora, Eduardo, hablemos en con-

fianza.

EDUAR. Diga usted.

FEDER. Supuesto que tenemos que vivir juntos, es bueno que nos conozcamos. Yo estoy dispuesto á quererle á usted como un buen amigo, como un hermano. Si usted es franco conmigo, yo seré bueno é indulgente con usted; pero si rehusándome su cariño tratára usted de engañarme, entónces seré rígido y severo, pagándole en la misma moneda. Escoja usted pues.

EDUAR. Mi eleccion está echa. Escojo lo primero.

FEDER. Gracias, Eduardo, venga esa mano; (Dándole la mano.) y ahora, (Dándole una copa.) brindemos por nuestra amistad. (Beben.)

EDUAR. ¡Ah! ¡qué fuerte es!

FEDER. ¡Bah! pues no es de lo superior. Qué edad tiene usted.

EDUAR. Diez y ocho años.

FEDER. ¿Tiene usted algun amigo?

EDUAR. Vaya... ¡Muchísimos!

FEDER. Es una felicidad. Quiero decir amigos... amigos verdaderos.

EDUAR. De esos, sólo tengo dos.

FEDER. No es poca fortuna. Aquí donde usté me ve, tengo una docena de años más que usted, y nunca he podido decir otro tanto.

EDUAR. ¿De veras? Pues lo que es yo, le aseguro...

FEDER. Lo celebro infinito. ¿Y quiénes son esos amigos?

EDUAR. Uno es el vizconde del Jardiun, un guapo chico, tiene veinticinco años, y treinta mil duros de renta.

FEDER. Poco á poco. ¿Cuánto le da á usted papá para sus gastos particulares?

EDUAR. Cincuenta duros mensuales.

FEDER. Y con esa cantidad alterna usted con él. ¿Con cincuenta duros es usted amigo de un vizconde?

EDUAR. Sí señor.

FEDER. No puede ser.

EDUAR. ¿Cómo?

FEDER. Una de dos; ó el vizconde paga por usted, lo cual es

humillante, ó contrae usted deudas, y en ese caso es absolutamente preciso que reformemos esa amistad. Pasemos á otro.

EDUAR. ¡Oh! en cuanto á ese, nada tendrá usted que objetar. Se llama César, y me quiere como un hermano.

FEDER. Le conozco, es todo lo contrario del primero, no tiene un cuarto.

EDUAR. ¿Y qué?

FEDER. Que es el reverso de la medalla; apuesto á que le debe á usted dinero!

EDUAR. Es cierto, sí, pero...

FEDER. Ya lo sabía yo... Pasemos á las mujeres...

EDUAR. ¿Á las mujeres?...

FEDER. Sí tal; un jóven amable y elegante como usted, debe tener cuando ménos cinco ó seis hermosas víctimas de su amor.

EDUAR. No, no tengo mas que una.

FEDER. (Se entregó.) ¿De veras?

EDUAR. Es decir, tengo dos; una que apenas conozco, con quien pretende casarme papá, pero que me es indiferente de todo punto, y otra á quien amo, á quien adoro.

FEDER. Brindemos... ¿cómo se llama?...

EDUAR. Erminia de...

FEDER. ¡Ah!

EDUAR. ¿La conoce usted?

FEDER. No á fé.

EDUAR. Es la mujer más bonita y más virtuosa de la tierra.

FEDER. Bebamos á su salud. (Beben.)

EDUAR. Mi amigo César fué quien me presentó en su casa: entre tantos adoradores yo fuí por fin el preferido, y sólo espero el consentimiento de papá para llamarla mi esposa.

FEDER. (Eso lo veremos.) ¿Y es muy rica?

EDUAR. Debe serlo. Tiene coche, y está abonada á la Ópera.

FEDER. ¿Y no sabe usted de qué procede su riqueza?...

EDUAR. No, nunca me he permitido.

FEDER. ¿Y sin embargo, la acompaña usted al paseo y al teatro?

EDUAR. ¿Y por qué no? ¡Soy tan feliz á su lado!

FEDER. ¡Perfectamente; todo eso está muy bien! pero hay una cosa en lo que usted no se ha fijado.

EDUAR. ¿Y cuál es?

FEDER. Que desgraciadamente el mundo es muy malicioso. Todo lo quiere saber, y si no encuentra desde luégo el manantial de esa riqueza, es muy capaz de suponer...

EDUAR. ¿Qué dice usted?

FEDER. Que todo ese lujo, el palco y el coche, es usted quien lo sostiene.

EDUAR. ¿Cómo?

FEDER. No faltará quien diga que usted no tiene un cuarto, y entónces alguno añadirá; pues si este es el favorecido, quién es la víctima?

EDUAR. ¡Caballero, esas palabras! (Sin poder contenerse.)

FEDER. Habíamos convenido en ser amigos, y en que debíamos hablarnos con toda franqueza.

EDUAR. Es cierto, pero...

ESCENA XIII.

DICHOS y JOSÉ, con una carta.

JOSE. Señorito Eduardo, su papá va á subir al coche, y quiere ver á usted inmediatamente.

EDUAR. Voy corriendo. Espéreme usted, vuelvo en seguida. (Váse foro.)

FEDER. No tal, voy con usted. Tengo que hablarle.

JOSE. Tambien me ha mandado entregarle á usted esta carta.

FEDER. ¿Una carta? Venga.

JOSE. (Si será la despedida, me alegraría.)

ESCENA XIV.

FEDERICO.

FEDER. (Abriendo la carta.) ¡Ah! sin duda es la explicacion de su extraña conducta para conmigo. Veamos. Esta letra... (Lee.) «Mi querido amigo», si es de mi padre. «Estoy

muy viejo y muy débil, y cada paso que doy me acerco á la tumba... Quiero pedirte un favor, necesito verte, y abrazarte, y yo no puedo moverme. Ven, querido Fernando, te lo suplica tu amigo. Tengo un hijo que ha labrado mi desgracia, ya lo sabes; te ruego que veles por él, y le tiendas tu mano amiga, si su honor no se ha hundido en el abismo que tragó su fortuna y su cariño filial.—Ven, quiero hablarte de él; ven pronto,—si no has olvidado ya al hermano de la infancia y á tu viejo amigo Antonio.» ¡Oh! Padre mio! Yo mereceré tu perdon... partamos... Pero no, aún no es tiempo. Me quedo, me quedo. Ántes cumpliré con mi deber.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

JOSE. Yo, señor...
FEDER. Silencio. Avise usted á don Eduardo. ¿Qué espera usted?
JOSE. ¿Se le ofrece algo más?
FEDER. No, vete.
JOSE. (¡Diablo de hombre!) (Váse.)

ESCENA II.

FEDERICO.

No hay tiempo que perder; don Fernando vendrá de un momento á otro y necesito que todo esté concluido. Mi posicion en esta casa es insostenible. ¡Emilia es tan linda... y tan amable conmigo, que temo!.. ¡Qué locura! No pensemos en eso. Vamos, ayo, á tu papel. Es necesario que esta carta de Erminia llegue á su destino. Trabajillo me costó, pero al fin me lo confesó todo. ¡Pobre Eduardo, cuántas ilusiones desvanecidas! Siento darle este disgusto, pero lo exige así su tranquilidad. Aquí está ya.

ESCENA III.

FEDERICO y EDUARDO.

EDUAR. ¿Me llamaba usted, Federico?
FEDER. Sí, mi querido discípulo. Necesito hablar con usted un momento.
EDUAR. Pues estoy á sus órdenes. Pero ántes... ¿Mandó usted la invitacion?...
FEDER. ¿Á Erminia? Sí tal, pero no la ha aceptado.
EDUAR. ¿Por qué?
FEDER. Porque tiene, segun dicen, *soirée* en su casa, y ya comprende usted que no puede estar en ambas partes.
EDUAR. Explíquese usté, no comprendo... Erminia... sin duda equivocaron las señas. ¿No conoce usted á Erminia?
FEDER. La conozco demasiado.
EDUAR. Pues ántes no la conocía usted.

FEDER. Porque había cambiado de nombre.

EDUAR. No entiendo... ¿Se atrevería usted á dudar de Erminia?

FEDER. No se trata de dudas, sino de evidencias.

EDUAR. ¿Luego me está engañando?

FEDER. No á fé, puesto que es usted el favorecido. Los otros serán los engañados.

EDUAR. Caballero, cuando se hacen ciertas afirmaciones es preciso probarlas.

FEDER. ¡Oh! eso no es difícil.

EDUAR. Pues bien, quiero esas pruebas.

FEDER. ¿Y si se las doy á usté, me jura no volver á verla?

EDUAR. Mi palabra de honor.

FEDER. ¿Y se casará usted con su prima?

EDUAR. Haré lo que mande papá.

FEDER. Pues bien, Eduardo, lea usted.

EDUAR. (Leyendo.) «Amigo mio, estoy inconsolable. Eduardito »me abandona esta noche por complacer á su ayo, á »quien teme disgustar sin duda. La soledad me mata. »Venga usted á hacerme compañía, pues necesito ha»blarle de nuestra antigua amistad, y nos reiremos de »la romántica pasion de ese pobre niño. Suya siempre, »Erminia.» ¿Pero es posible tal perfidia?

FEDER. Aún no lo sabe usted todo. Vea usted el sobre. (Dándoselo.)

EDUAR. ¡Gran Dios! ¡Á César, á mi amigo César es á quien escribe! No es posible.

FEDER. ¿No quería usted las pruebas? pues ahí las tiene usted.

EDUAR. ¡Semejante traicion! ¡Ah, infame!

FEDER. Vamos, Eduardo, tengamos calma y serenidad. César es un bribon, ya lo sabe usted... y en cuanto á Erminia, no es suya la culpa si usted la ha revestido con el rosado cendal de sus ilusiones.

EDUAR. Es verdad, Federico, he sido un niño. Yo procuraré olvidarla, pero nada puede disculpar á ese ingrato amigo. Yo le probaré que no se ha burlado de mí impunemente.

ESCENA IV.

FEDERICO y EMILIA.

FEDER. ¡Pobre niño! pero, en fin, más vale que su dolor estalle en cólera que en sentimiento, porque dura ménos. Por lo demas, no puede batirse hasta mañana y yo me encargo de evitarlo. Guardemos esta carta para el otro. ¡Cuánto tarda el usurero!

EMILIA. (Por el foro izquierda vestida de baile.) Esta solo, me alegro.

FEDER. ¡Ah! ¡Emilia! (¡Qué linda está!)

EMLIA. Buenas noches, don Federico.

FEDER. Á los piés de usted. (Federico, tengamos formalidad.)

EMILIA. (¡Y no me dice nada del traje!...) No dirá usted que soy perezosa?... Ya ve usted...

FEDER. Sí, ya veo que no se descuida usted, y me alegro mucho, sobre todo tratándose de un baile para celebrar el cumpleaños de papá.

EMILIA. Es verdad, y por lo mismo... ¿Y qué sabe usted de él? ¿vendrá pronto?

FEDER. Acaso esta misma noche.

EMILIA. ¿De veras?

FEDER. Ó mañana, no puedo precisarlo.

EMILIA. ¡Qué alegría! ¡Ahora sí que voy á bailar de firme!... y usted tambien, ¿no es cierto? Y mamá y Eduardo, todos bailaremos.

FEDER. Vamos, señorita, ¡formalidad, formalidad!

EMILIA. ¡Formalidad! ¿Pues acaso no la tengo? ¡Vaya!... ¿soy tal vez alguna niña? Pues ya he cumplido diez y siete años.

FEDER. ¿Sí? Pues nadie lo diría.

EMILIA. ¡Me gusta! Conque es decir que para usted soy... Quede usted con Dios. (Quiere irse.)

FEDER. Un momento. ¿Tenía usted algo que decirme, señorita?

EMILIA. ¡Señorita! ¡señorita! ¿no le he dicho á usted que no me llame así? ¡Me llamo Emilia! ¿Es feo mi nombre?

FEDER. Al contrario, es muy lindo, aunque no tanto como us-

ted. (Adios, ya se me escapó.)

EMILIA. Mil gracias. (Haciendo una cortesía exagerada.) Eso es otra cosa.

FEDER. Conque usted dirá...

EMILIA. Quería saber su opinion acerca de mi traje de baile.

FEDER. ¡Ah! ya... pues no está del todo mal.

EMILIA. ¿Cómo?

FEDER. Quiero decir que esos colores pálidos no casan bien con el vestido, y son de muy poco gusto.

EMILIA. ¿De veras?

FEDER. Mejor le estarían unos adornos encarnados, con vivos amarillos y... lazos verde botella. (¡Qué atrocidad!)

EMILIA. ¿Y eso le gusta á usted más?... (¡Voy á llorar de coraje!)

FEDER. (¡Pobre niña!) Y qué más tiene usted que decirme?

EMILIA. Ya nada; porque como me encuentra usted tan fea!...

FEDER. Fea usted... Pues... no... yo he sido franco.

EMILIA. Gracias por la franqueza.

FEDER. Vamos, hable usted.

EMILIA. Que es usted tan poco galante, que si no vengo yo misma á invitarle á usted...

FEDER. ¿Para un rigodon?

EMILIA. Sí señor, apunte usted. (Le da un tarjetero.)

FEDER. Caracoles, si está lleno.

EMILIA. No tal, hay muchos blancos.

FEDER. Corriente. Tome usted, y gracias. (Devolviéndoselo.)

EMILIA. Me gusta! El número veinticuatro!

FEDER. No hay otro más bajo.

EMILIA. ¡Qué ciego es usted!... el primero está vacante.

FEDER. Ya, pero el primero corresponde á su hermano de usted, ademas, yo sólo debo bailar con las señoras mayores, respetables y...

EMILIA. Sí, con las viejas.

FEDER. Nada, nada, lo dicho; soy el veinticuatro. (Qué amabilidad.)

JOSE. (Saliendo.) El señor Urrueta!

FEDER. Que pase á esta sala. (Váse José.) Dispénseme usted, Emi-

lia, un negocio... importante...

EMILIA. Con mucho gusto. (Es claro, como le parezco fea, no quiere bailar conmigo. ¡Ah! qué idea!) Hasta luégo.

ESCENA V.

FEDERICO y URRUETA.

FEDER. ¡Ea! valor. ¡El enemigo se acerca! Afortunad amente conozco su táctica y confío en la victoria.

URRUET. Amigo don Federico, ya ve usted cómo he aceptado su invitacion!

FEDER. Sí, ya veo que eres tan cumplido caballero como usurero insaciable.

URRUET. Creo que nadie tiene ménos motivos que usted para tacharme de ese modo.

FEDER. Efectivamente, y compadezco á los demas. ¿Á qué no adivinas con qué objeto te he invitado á este baile?

URRUET. Desde luégo supongo que no habrá sido para hacer me bailar.

FEDER. Ni tampoco para darte dinero.

URRUET. Lo siento, y confieso que no adivino... Yo creía que don Fernando... como estamos á primero de mes... ¿No ha recibido usted ninguna otra órden para mí?

FEDER. Sí tal.

URRUET. Ya decía yo...

FEDER. Pero ántes es preciso que hablemos como amigos. Vamos á ver: ¿á cuánto asciende el crédito que tienes contra don Fernando?

URRUET. ¡Oh! ese es mi secreto, y si se lo digo á usted sabe tanto como yo.

FEDER. ¿Pues es muy extraño?...

URRUET. ¿Por qué?

FEDER. De algunos dias á esta parte estoy examinando los papeles de don Fernando, sus libros de gastos é ingresos, y he visto que desde hace diez años vienes cobrando á razon de dos mil reales mensuales, ademas de una su-

ma bastante crecida que recibiste de una vez.

URRUET. ¿Y qué?

FEDER. Que he visto todo esto, y sin embargo, no he hallado ningun recibo, ningun título que justifique esa exorbitante pension. ¿Y sabes lo que deduzco de esto?

URRUET. ¿Qué?

FEDER. Que estaba muy engañado al creer que eras simplemente un judío usurero.

URRUET. Lo celebro.

FEDER. Sí, porque ahora veo que eres un infame que estás abusando de un hombre honrado.

URRUET. ¡Don Federico!...

FEDER. Y ademas un imbécil que no comprendes tu verdadero interés.

URRUET. Á ver, explíquese usted.

FEDER. Á eso voy. El señor Santibañez no te debe nada; tú cobras dos mil reales mensuales; luégo es evidente que posees algun talisman que obliga á don Fernando y que tú manejas á tu antojo. ¿No es cierto?

URRUET. Quizá.

FEDER. Ahora bien; yo necesito crearme una posicion, y para ello cuento contigo.

URRUET. No comprendo.

FEDER. Es un negocio lucrativo para los dos. Quiero que me vendas ese talisman.

URRUET. Que le venda á usted... ¿Y para qué?

FEDER. ¡Toma! para explotarlo yo.

URRUET. No tiene usted bastante dinero para ello.

FEDER. Eso es cuenta mia. ¿Aceptas ó no?

URRUET. ¿Y cuánto se atrevería usted á ofrecerme?

FEDER. Segun y conforme.

URRUET. Ya, necesita usted verlo para apreciarlo en su justo valor! Veo que entiende usted los negocios.

FEDER. (No lo sabes tú bien.) Acabemos; si me entregas ese secreto, te doy por él otro tanto de lo que has recogido en los diez años, y ademas mil duros de gratificacion; en una palabra, catorce mil duros.

URRUET. Amigo mio; no nos entendémos. Esa misma suma me ofreció don Fernando en un principio y no la acepté. Una cantidad es una cantidad, y una renta es una mina inagotable.

FEDER. Por algo dije ántes que eras un imbécil, y veo que no me he equivocado. Para reunir la cantidad que te ofrezc o necesitas esperar doce años, y me parece que no tienes la vida comprada, y mucho ménos don Fernando, cuya salud se agrava por momentos y nos anuncia un próximo desenlace.

URRUET. ¿De veras? ¿Cree usted?...

FEDER. Hasta la evidencia. Y luégo... de aquí... (Señalando la cabeza.) no está... la verdad, muy seguro.

URRUET. ¡Diablo! ¡Pues sería chasco!

FEDER. Eso digo yo. Y una vez muerto él se acabo la mina, porque su hijo te arrojaría por el balcon si pretendieras intimidarle.

URRUET. ¿Cómo, ese niño sería capaz?...

FEDER. ¿Qué si sería? Ahí donde le ves, tan tímido, es un hombre terrible. Hoy precisamente tiene un desafío y es pero que su adversario no se alabará de su valor.

URRUET. Malo, malo. ¿Pero y si cuando le enseñe á usted ese documento se retracta?

FEDER. ¿Qué te importa? Siempre le tendrás en tu poder.

URRUET. Es verdad. Pues bien, amigo mio... (Despues de mirar á los lados.) Se trata de un documento falso.

FEDER. ¿Una falsificacion... tuya?

URRUET. No.

FEDER. ¿De don Fernando?

URRUET. Tampoco. De su señor padre. Una falsificacion hecha en un momento supremo con circunstancias atenuantes, eso sí, y que en nada menoscaba su honra; pero amigo mio, los tribunales no entienden de ciertas cosas, y las leyes están bien terminantes.

FEDER. Tienes razon. Conque lo dicho, sostengo mi ofrecimiento.

URRUET. Enhorabuena. Formalicemos el negocio. Se trata de que

—— yo le entregue á usted ese documento, y usted á mí el dinero convenido, ¿no es esto?

FEDER. Con una ligera modificacion, que el dinero no lo puedo entregar hasta dentro de un año.

URRUET. ¡Si tan largo me lo fías! ¿Con qué me responde usted?

FEDER. Con mi firma.

URRUET. Gracias. Prefiero mi renta.

FEDER. ¿De suerte que no aceptas?

URRUET. Si no tiene usted otros argumentos más sólidos...

FEDER. Pues bien, escucha. (Ea, valor.)

URRUET. Veamos.

FEDER. Te haré un pagaré cobrable al dia siguiente de mi casamiento con la hija de don Fernando.

URRUET. Con la hija de... ¡Ah, comprendo! No está mal pensado. Un cambio con el papá. Usted le entrega el papel y él le entregará la mano de su hija.

FEDER. Precisamente.

URRUET. Esto es lo que se llama entender el negocio. ¿Pero y si la niña se opone?

FEDER. No hay cuidado, por ese lado estoy tranquilo.

URRUET. Admito, con una condicion. Pruébeme usted que esa señorita le quiere y asunto concluido.

FEDER. ¿Cómo? eso no es posible.

URRUET. ¿Se niega usted? En ese caso...

FEDER. (¡Pobre Emilia!)

URRUET. Pues no hay nada de lo dicho.

FEDER. Al contrario, acepto. (Toca el timbre. Á José que sale.) Diga usted á la señorita Emilia que tenga la bondad de venir. (Vase José.)

URRUET. Esto ya me va gustando.

FEDER. (¡Miserable!) En tanto que yo la hablo, tú puedes escuchar perfectamente oculto detrás de esa cortina.

URRUET. ¿Y no sería mejor que se ocultase usted y yo hablase con ella?

FEDER. ¿Serías capaz de desconfiar de mí?

URRUET. Sí, amigo mio, yo desconfío de todo el mundo.

FEDER. Ademas, que Emilia no se atreveria á confesar á una

persona extraña...

URRUET. Déjelo usted á mi cuidado. No soy tan torpe como usted se cree, y si es cierto que le ama, yo me encargo de hacerla hablar. Alguien se acerca.

FEDER. ¡Es ella'

URRUET. Al escondite.

FEDER. Un momento; yo no puedo...

URRUET. ¿Rehusa usted?

FEDER. (No hay más remedio.) Acepto.
(Se oculta puerta izquierda.)

ESCENA VI.

EMILIA, URRUETA y despues FEDERICO.

EMILIA. (Sale adornada ridículamente y á gusto de la actriz.) ¿Me llamaba usted, Federico? ¡Ah, no es él! (Al ver á Urrueta.)

URRUET. ¡Valiente facha! (Riéndose.)

EMILIA. Usted dispense, creía... (¡Dios mio, este hombre!...)

URRUET. Señorita, suplico á usted que me perdone si me tomo la libertad de...

EMILIA. No puedo detenerme, don Federico me ha mandado llamar y...

URRUET. Pues de él precisamente quería hablar á usted.

EMILIA. ¿Le ha visto usted? ¿Y dónde está?

URRUET. En este momento acaba de marcharse. No ha tenido valor para despedirse de usted.

EMILIA. ¿Despedirse de mí? ¿y por qué?

URRUET. Mañana mismo sale para el extranjero.

EMILIA. ¿Y volverá pronto?

URRUET. Acaso nunca.

EMILIA. ¡Dios mio! ¿y por qué?

URRUET. El pobre es muy desgraciado. Un amor sin esperanzas...

EMILIA. ¡Un amor dice usted! (¡Ah!) ¿Y sabe usted quién es ella?

URRUET. Quien ha de ser si no usted.

EMILIA. ¿Cómo? ¿Es á mí á quien ama? ¿De veras?

URRUET. ¿Acaso lo ignoraba?

EMILIA. ¡Ya lo creo! ¡quién podía esperar!.. siempre estaba burlándose de mí. Parece que lo hacía á propósito para atormentarme.

URRUET. Lo hacía para disimular su amor.

EMILIA. Pues hacía mal.

URRUET. Es decir, que usté le perdona por haber osado...

EMILIA. ¿Perdonarle? ¿es algun delito el quererme? debía habérmelo dicho, porque entónces yo...

URRUET. ¿Qué?

EMILIA. Nada, pero repito que ha hecho muy mal.

URRUET. Pues entónces es preciso que yo le vea y que le diga lo que hace al caso.

EMILIA. Sí, dígale usted que si me quiere, no se vaya por eso, que no soy ningun monstruo que le va á devorar.

URRUET. Pero, señorita, tenga usted en cuenta, que si se queda va á quererla á usted más cada dia.

EMILIA. Pues mejor que mejor.

URRUET. (¡Diablo con la niña!) Sí, pero don Federico es pobre, y si su papá de usted se opone á esos amores...

EMILIA. ¡Oh! entónces me pondría mala; no comería ni dormiría, y estoy segura que al verme así, papá, que tanto me quiere, iría él mismo á buscar á Federico, y que quieras ó no quieras le casaría conmigo.

URRUET. (Vaya, es cosa hecha.)

EMILIA. ¡Federico... Federico! es un nombre muy bonito, ¿verdad?

URRUET. Sí, precioso.

EMILIA. Y él tambien es tan simpático, tan elegante, tan...

FEDER. (Que ha escuchado las últimas palabras se presenta.) Muchas gracias, señorita.

EMILIA. ¡Ah! ¡qué vergüenza! (Queriendo irse.)

FEDER. ¿Huye usted de mí?

EMILIA. ¿Estaba usted escuchándonos?

FEDER. Dispénseme usted, ha sido inadvertidamente.

EMILIA. ¿Supongo que ya no se marchará usted?

FEDER. No, señorita.

EMILIA. ¿Y que bailará usted conmigo?

FEDER. Con una condicion.

EMILIA. ¿Cuál?

FEDER. Que cambie usted de vestido ó se quite usted esos adornos.

EMILIA. ¿Estaba mejor ántes, no es verdad?

FEDER. Sí tal; ¿por qué ha sido ese cambio?

EMILIA. ¿Y usted lo pregunta? Como á usted le parecían de mal gusto... Lo hice por agradarle. ¡Ay! ¡usted dispense! ¡qué tonta soy! hasta luégo. Voy corriendo al tocador. (Váse.)

FEDER. (¡Qué hermosa es! ¡Pobre Emilia, si supiera!...) Y bien, Simeon, ya estarás satisfecho.

EMILIA. Efectivamente.

FEDER. En ese caso pasemos al despacho y...

URRUET. No hay necesidad. Aquí hay recado de escribir y yo traigo lo necesario.

FEDER. ¿Qué es eso?

URRUET. Papel sellado.

FEDER. ¡Eres hombre prevenido! Tanto mejor, acabemos. (Se pone á escribir.)

URRUET. Un documento en regla. La cantidad en letra, no en números. ¡Ajajá, eso es. «Al dia siguiente de mi ma»trimonio con la señorita de Santibañez.» Madrid, etcétera. La firma.

FEDER. Aquí tienes tu recibo, ahora venga.

URRUET. Hombre, una duda me asalta.

FEDER. ¿Y es?

URRUET. Que teniendo el consentimiento de la niña, y pudiendo alcanzar el del papá, ¿para qué necesita usted ese papel?

FEDER. (Diablo de usurero.) ¿Para qué dices? Pues es muy sencillo. Pudiera suceder que don Fernando diera su consentimiento; pero tambien pudiera suceder que yo no me conformase con el dote, y en ese caso, con el talisman en mi poder le obligaría á aumentarlo á mi antojo.

URRUET. Tiene usted razon, sólo falta una cosa. Aquí tiene usted su espada. (Dándole un pliego.)

FEDER. Corriente. Aquí tienes tú el escudo. (Dándole el pagaré.) ¿Estás satisfecho?

URRUET. Completamente.

FEDER. Pues bien, amigo Urrueta, eres un pobre diablo.

URRUET. ¿Cómo es eso?

FEDER. Lo dicho, un imbécil.

URRUET. Pero...

FEDER. Ya, ya te convencerás con el tiempo. Adios, querido Simeon, hasta el Valle de Josafat, donde todos rendiremos cuentas. ¡Já! já! já! (Váse riendo.)

URRUET. Que soy un... No comprendo. ¡Ah! torpe de mí, ya sé por qué. ¡He debido pedirle el doble! Está visto que no se puede tener buen corazon. (Váse foro derecha.)

ESCENA VII.

CÉSAR, por el foro izquierda con una carta en la mano.

Pues señor, no comprendo para qué me necesita Ermi nia con tal urgencia. Diantre de muchacha... Y es mu y capaz, si no voy, de plantarse aquí! ¡Oh, la conozco perfectamente! ¿Pero qué mosca le habrá picado á Eduardo, que hace un momento?... ¿Qué le he hecho yo para que sin más ni más me envíe su tarjeta y me diga que busque padrinos? Afortunadamente está aquí Federico. Le encargaré de esta comision. Ya habrá visto á Erminia, segun me ha prometido; espero que estará resignada, y que hará desistir á Eduardo de este duelo. ¡Hola, la señora de Santibañez viene hácia aquí! Sin duda me busca.—Esto es hecho.

ESCENA VIII.

CÉSAR, MERCEDES.

MERC. (De baile.) (Aquí está.) Caballero, veo que es usted muy poco galante, y abandona á su pareja en el momento

de empezar el rigodon.

CESAR. Suplico á usté que me perdone... ha sido una distraccion.

MERC. Queda usted perdonado si hace propósito de la enmienda.

CESAR. Lo agradezco tanto más, cuanto que nunca pude suponer, á pesar de lo mucho que la admiro, que llegára á echarme de ménos entre tantos apasionados más digno que yo de su atencion.

MERC. Creo que nadie tiene ménos derechos que usted para dudar de mi amistad.

CESAR. ¡De su amistad!... No señora... no por cierto... Pero es usted tan amable, tan hermosa, que...

MERC. ¿Que no dudará usted en prestarme sus servicios?

CESAR. Cuanto puedo y cuanto valgo es de usted... mi vida, mi corazon!...

MERC. No exijo yo tanto. Guarde usted su corazon y su vida para alguna hermosura.

CESAR. ¡Ah! ¡señora!

MERC. Y respóndame usted con franqueza. ¿Qué le sucede á Eduardo? Le he visto entrar en el salon muy sofocado hablar con usted un momento, y despues volver á salir.

CESAR. Aseguro á usted, que no sé...

MERC. ¿Lo que le dijo?...

CESAR. Pues... nada de particular... Me saludó y nada más.

MERC. Muchas gracias por su atencion. Yo creí que tenía un amigo en usted, y veo que á la primera ocasion!...

CESAR. Sería usté capaz de dudar de mi afecto?

MERC. Las pruebas son...

CESAR. Señora, á veces no se puede decir todo lo que se sabe... y por otra parte ignoro el verdadero motivo...

MERC. Explíquese usted: ¿luégo hay algo? Tal vez alguna... rivalidad.

CESAR. ¡Ah! no crea usted... No hay más que una mujer en el mundo que pueda merecer mi amor. ¡Usted lo sabe señora!

JOSE. (Por el foro.) Señor don César, una señora que acaba de llegar desea hablar con usted al momento.

CESAR. ¿Una señora dices?

JOSE. Sí señor; la he dicho que esperara en la antesala.

CESAR. No puede ser; sin duda te has equivocado, José.

JOSE. Se llama Erminia.

CESAR. (¡Cielos, ella aquí!)

MERC. (¡Qué significa!...) Parece que le contrarría á usted la visita.

CESAR. No, no tal, sino que...

MERC. Está usted inquieto... Acaso...

CESAR. La sorpresa... José, dí á esa señora que no tengo el honor de conocerla.

JOSE. Está bien.

CESAR. Y que no puedo recibirla. (Bajo á José dándole una moneda.) (Dila que iré á su casa dentro de una hora.) (Váse José.)

MERC. ¡Qué casualidad! será esa señora tal vez...

CESAR. Una equivocacion ó una trama de algun envidioso que aspira á merecer... Es usted tan hermosa, que no es posible verla sin quedar preso... (José sale.)

MERC. ¿Qué hay, José?

JOSE. Esa señora dice que ya que no puede ver á don César, quiere hablar con usted un momento.

CESAR. ¡Qué empeño! voy á ver...

MERC. No, permítame usted, caballero. Ahora es la visita para mí.

CESAR. ¡Cómo, señora! ¿sería usted capaz de humillarse hasta el extremo de recibir en su casa á una intrigante, á una aventurera?

MERC. Poco á poco con insultar á esa *señora*. Al fin y al cabo es amiga de usted.

CESAR. ¿Amiga mia? no tal; yo no tengo amigas en ciertos círculos... Si no que...

MERC. ¿Luego la conoce usted?

CESAR. No, pero...

MERC. Pues bien, yo quiero conocerla.

CESAR. Repare usted, señora...
MERC. He dicho que lo quiero.
CESAR. Pero...
MERC. Basta. (Váse.)
CESAR. (Vive Dios, que no sé cómo salir de este apuro.)
JOSE. (Sale.) (Qué tendrá este señorito?)
CESAR. (Á José.) Tú tienes la culpa, estúpido.
JOSE. ¿Yo? ¿y de qué?
CESAR. ¿No comprendiste lo que quería decir cuando te dí el duro?
JOSE. Sí señor; pero como esa señorita me dió dos...
CESAR. Animal. (Váse José.) Ya me las pagarás. Ahora procuremos evitar el escándalo. (Al tiempo de salir se encuentra con Federico.)

ESCENA IX.

CÉSAR, FEDERICO.

CESAR. ¡Ah! ¡Federico!
FEDER. ¿Adónde vas tan de prisa?
CESAR. Que está ahí ella.
FEDER. ¿Quién es ella?
CESAR. ¿Quién ha de ser? Erminia.
FEDER. ¡Ah! ya lo sabía.
CESAR. ¿Y cómo no has evitado?...
FEDER. ¿Que viniese? Al contrario, la he traido yo mismo.
CESAR. ¿Tú? ¿y con qué objeto?
FEDER. Era indispensable.
CESAR. ¿Para qué? no comprendo...
FEDER. Pues es muy sencillo. Al marcharse don Fernando me dejó encomendado el cuidado de su casa y su familia y yo cumplo con mi deber.
CESAR. ¿Qué quieres decir?
FEDER. Quiero decir, que tú con la mejor intencion, por supuesto, tratabas de perder á la esposa y al hijo de mi protector.
CESAR. ¿Estás loco?
FEDER. Y yo debía poner en claro tu infame conducta. Y para

iluminar á tus víctimas me he valido de Erminia, que me sirve en esta ocasion de faro á las mil maravillas.

CESAR. Semejante proceder...

FEDER. Es el que merecen tus leales hazañas. Á estas horas la señora de Santibañez estará al corriente de todas tus maquinaciones y de los lazos que te unían á esa desgraciada. Conque ya ves que no te queda más recurso que abandonar esta casa.

CESAR. Tienes razon, estoy perdido. Pero no tendrás la pretension de pensar que voy á dejar impune tal traicion.

FEDER. Yo no pretendo nada.

CESAR. Entónces estarás pronto á darme una...

FEDER. Una, dos ó cuantas estocadas quieras.

CESAR. Está bien, pasado mañana.

FEDER. ¿Y por qué no mañana?

CESAR. Mañana tengo que arreglar otro asunto.

FEDER. ¿Y puedo saber con quién?

CESAR. Con tu discípulo.

FEDER. ¿Con Eduardo? lo siento mucho, pero es imposible.

CESAR. ¿Por qué?

FEDER. Eduardo es mi discípulo. Yo soy su preceptor, su ayo y el responsable de todos sus actos. Por consiguiente, conmigo deberás entenderte para todo.

CESAR. Si tanto te empeñas...

FEDER. Es indispensable.

CESAR. Corriente. Voy á buscar padrinos y mañana...

JOSE. (Con abrigo y sombrero.) Señor don César, la señora me encarga le entregue á usted esto.

CESAR. (Tomándolo.) Está muy bien, me arroja de su casa.

FEDER. Las señas son mortales.

CESAR. Mañana lo serán para tí.

FEDER. Lo veremos.

CESAR. Lo veremos. (Váse foro derecha.)

FEDER. Ya van tres enemigos con éste fuera de combate. Ahora falto yo. Hagamos el último sacrificio. Urrueta viene; manos á la obra.

ESCENA X.

URRUETA, por el foro derecha, con agitacion.

No está por aquí tampoco. ¿Pero dónde diablos se mete este hombre? Emilia buscándole por todas partes para bailar y él sin parecer. ¡Tendría gracia que ahora se arrepintiera y me dejara... pero, ¡bah! qué tontería. Un libertino, un calavera, ¿ha de vacilar en casarse con una jóven rica y linda por añadidura? Tengo confianza en él. Es un sátrapa de primera, amigo mio al fin, y no dejará escapar esta ocasion. Dentro de quince dias la boda, y al dia siguiente me embolso mis catorce mil duritos. Sin embargo, estoy inquieto no sé por qué, pero estoy inquieto.

ESCENA XI.

EL MISMO y FEDERICO.

FEDER. (Con el vestido descompuesto y una botella en la mano.) ¡Hola! ¿estás por aquí, perillan? Me alegro.

URRUET. ¡Demonio! ¿Qué trae este hombre?

FEDER. ¿Que qué traigo? ¿pues no lo ves? Me he bebido esta botella de Champagne y estoy... mira, no se lo digas á nadie, estoy chispon!!!

URRUET. ¿Con una sola botella? ¿Usted que es capaz de beberse una docena?...

FEDER. Eso es segun las lunas... porque... mira, tunante, no te muevas.

URRUET. ¿Qué, yo?...

FEDER. Sí, no te muevas, porque me mareo.

URRUET. Si es usted el que se mueve.

FEDER. ¿Cómo que soy yo?... ¿De manera que crees que estoy borracho? ¡Já! ¡já! já! hombre, tiene gracia.

URRUET. ¡Pero si es imposible!

FEDER. (Con tono natural.) ¿En qué lo has conocido?

RRUET. Ya decía yo que no estaba usted...

FEDER. (Fingiendo y dándole una palmada en la cara.) Pues te equivocas, por que lo estoy.

URRUET. ¿Otra vez? ¡Vaya una broma!

FEDER. (Con tono natural.) Te juro que no es broma.

URRUET. ¿Lo ve usted? yo bien decía...

FEDER. Sí, que esta botella estaba vacía. (Fingiendo otra vez.) Voy por otra.

URRUET. ¡Desgraciado! ¿Qué va usted á hacer? enciérrese usté en su cuarto. Si álguien lo ve, somos perdidos.

FEDER. ¿Tú tambien lo estás? Me alegro mucho. Agur, tengo ganas de bailar... Voy á buscar á mi novia... y... tantarantán. (Bailando.)

URRUET. Pero no comprende usted que si le ven así se descompone la boda?

FEDER. Calla tonto, es una prueba.

URRUET. ¿Cómo una prueba?

FEDER. Sí, mira; aunque estoy berracho, no estoy tanto como piensas. Si al verme así... vamos... así... se incomoda mi novia, es que no me quiere, y entónces,... abur, Perico, me voy á bailar.

URRUET. ¿Pero y si se incomoda?

FEDER. No te apures, me caso con otra.

URRUET. ¡Un demonio! ¿Y mis catorce mil duros?

FEDER. Tú lo sabrás. Yo no me he de casar por darte á tí gusto. ¿Quieres que sea desgraciado? ¡Mal amigo!

URRUET. Lo que yo quiero, es mi dinero.

FEDER. Lo tendrás, si Emilia quiere bailar conmigo.

URRUET. Ya; ¿pero y si se niega?

FEDER. Entónces... no lo tendrás.

URRUET. Pero esto es una traicion, una...

FEDER. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡pobre Simeon! Te convences de que eres un ignorante? Vaya, agur.

URRUET. ¡Federico, por Dios! entre usted en su cuarto. En nombre del honor!

FEDER. Oye, no hables de lo que no comprendes.

URRUET. Pues bien, ¡en nombre de la amistad! Porque usted es mi amigo.

FEDER. Mira, tunante, haz el favor de no insultarme.
URRUET. ¡Querido Federico!

ESCENA XII.

DICHOS, EMILIA, MERCEDES y EDUARDO.

EMILIA. Federico, ¿dónde se esconde usted? ¡Vamos! Ha olvidado usted que es mi *vis-á-vis?*
FEDER. No, al contrario, precisamente iba á buscarla á usted... y... vamos á bailar. (Toma el brazo de Emilia y finge caerse.)
EMILIA. ¿Qué tiene usted?
FEDER. ¿Yo?... nada, ¿qué he de tener?... vamos... vamos.. (El mismo juego.)
MERC. ¡Dios mio! Eduardo, ¿este caballero está enfermo?
URRUET. Sí, eso es, el calor... me lo estaba diciendo en este momento.
FEDER. No lo crean ustedes... Es este embustero de Simeon, que me ha hecho beber Champagne.
TODOS. ¡Será posible!
EMILIA. ¡Dios mio!
URRUET. ¿Yo? No tal. Ruego á ustedes que no crean...
FEDER. No lo disimules. Bien le decia á usted, querido discípulo, que no bebiera Champagn. Ahora voy á beber Burdeaux.
EDUAR. ¡Réportese usted, Federico!
EMILIA. Esto es horrible.
MERC. Caballero, semejante escándalo en esta casa...
FEDER. ¡Muera el Champagn! ¡Viva el Bourdeaux!
URRUET. Discúlpele usté, señora. Todos tenemos defectos. Yo le juro que será un buen esposo y un buen... Yo le daría á mi hija si la tuviera, pero como no la tengo...
MERC. ¿Está usted loco?
FEDER. Ea, ea, todo se acabó: vamos á bailar. (Quiere dar el brazo á Emilia, ésta retrocede y Eduardo se interpone.)
EDUAR. ¡Federico!
FEDER. Estoy en mi derecho...Me debe un rigodon y yo quiero

bailar...

EDUAR. Basta, señor mio! José, Antonio. (Llamando. Salen José y un criado.) Acompañen ustedes á su cuarto á este caballero.

FEDER. Al primero que se acerque le rompo la cabeza. (Al acercarse los criados, Federico enarbola una silla, aquéllos retroceden; en este momento aparece D. Fernando en el foro y quita la silla á Federico.)

ESCENA XIII.

DICHOS y FERNANDO.

FERN. ¡Muy bien, caballero!

FEDER. ¡Don Fernando! (Federico cae sobre la butaca.)

EDUARDO y EMILIA. ¡Papá!

MERC. ¡Esposo mio!

URRUET. El trueno gordo. (Pausa.)

FERN. ¿Puedo saber qué significa este escándalo, señor Aguilera?

URRUET. Este caballero...

FERN. ¡Silencio! Querida esposa, vé á hacer los honores del salon ántes que los convidados se aperciban de algo. (Vase Mercedes y se presenta José.) ¿Qué traes?

JOSE. Don César desea ver al señor Urrueta.

URRUET. ¿Á mí? ¿qué me querrá este trueno?

FERN. Si no le sirve de molestia vuelva usted, tengo que hablarle.

URRUET. Volveré pronto, señores. (En qué vendrá á parar esto?)

FERN. Señor Aguilera, al confiar en su lealtad creí despertar en usted el sentimiento del honor y del deber, y su singular conducta me hace comprender el error en que he estado. Yo le confié á usted mi casa como á un amigo, ahora le arrojo de ella como á un lacayo.

FEDER. (¡Ah!) Caballero, ese proceder...

FERN. Es el que usted se merece.

EMILIA. (¡Dios mio!) (Federico se levanta.)

FEDER. Señor don Fernando, yo no creo haber faltado á su ca-

sa ni á su familia, á quien he faltado únicamente, lo confieso, ha sido á sus botellas. ¡Qué diablos! en un dia de baile... una copa más ó ménos... y... créame usted señorita, mi intencion es buena... pero... pero el Champangn es mucho mejor. Vaya, no hay que disgustarse por tan poco... que siga el baile... entre tanto yo voy á hacer mi maleta y... hasta cuando Dios quiera. Conque... viva la alegría y á vivir. Despues de todo no ha pasado nada, nada, nada! (Entra en el cuarto izquierda fingiendo caerse y repitiendo, ¡nada! medio riendo y llorando.)

ESCENA XIV.

FERNANDO, EMILIA y EDUARDO.

FERN. ¡Pobre amigo mio! ¡cuántas ilusiones desvanecidas! ¡Y yo le he confiado mi hijo!

EDUAR. Papá, si alguna vez he podido revelarme contra tus mandatos, suplico que me perdones, y cuando me consideres digno de unirme con mi prima, verás en mí un hijo respetuoso y sumiso á tu voluntad.

FERN. Muy bien, Eduardo.

EMILIA. Y yo papá tambien deseo complacerte. Dispon de mí como quieras. (Medio llorando.)

FERN. ¡Qué escucho, semejante cambio!... Gracias, hijos mios. Esa determinacion me complace en extremo. Vuestra felicidad es la mia. ¡Ah, Urrueta!

URRUET. (Saliendo.) Con permiso de ustedes.

FERN. Id á acompañar á vuestra madre, yo tengo que hablar con este caballero; pronto nos veremos.

EDUAR. Está bien, papá.

EMILIA. (¡Qué desgraciada soy!) (Vánse.)

ESCENA XV.

D. FERNANDO, URRUETA.

URRUET. Mi señor don Fernando, siempre me tiene usted á sus

órdenes.

FERN. Bien, á un lado cumplidos y al asunto. Voy á casar á mis hijos, mi deber me manda velar por su porvenir y usted comprenderá que no pueden entrar á formar parte de una familia honrada, miéntras conserve usted en su poder un documento que compromete nuestro buen nombre y nuestra reputacion. Por lo tanto, es preciso que cese esta incertidumbre, que acabe esta situacion.

URRUET. ¡Eh! ¿Qué es lo que quiere usted decir?

FERN. Digo que es indispensable una transaccion, un arreglo.

URRUET. ¿Un arreglo?

FERN. Sí, á costa de cualquier sacrificio. Fije usted una cantidad, una suma posible, y basta ya de lucha.

URRUET. Pero... ¡cómo! ¿una compra? ¿Habla usted formalmente?

FERN. El asunto es demasiado serio para burlas.

URRUET. ¡Pero esto es horrible!

FERN. ¿Qué significa?...

URRUET. ¿Pues no sabe usted?...

FERN. ¿Qué?

URRUET. Que ya no está en mi poder.

FERN. ¡Cómo! ¡será posible!

URRUET. Y tan posible, ¡me lo han robado!

FERN. ¡Miserable! ¡sería usté capaz de negarme!...

URRUET. Al contrario, no señor. Le digo á usted la verdad. Un traidor, un bandido.

FERN. ¿Pero quién?

URRUET. Ese infame de Federico. Ese amiguito de usted.

FERN. ¿Federico? ¿y con qué objeto?

URRUET. Pues muy sencillo. Con el objeto de despojarme á mí primero y despues á usted.

FERN. ¡Oh, no! No puedo creer semejante maldad.

URRUET. Es evidente, sí señor. Me ha firmado un pagaré, comprometiéndose á entregarme doscientos ochenta mil reales al dia siguiente de su casamiento con su hija de usted.

FERN. ¿Con mi hija? ¿Con Emilia? ¿Pero cómo ha sido usted capaz de creer...

URRUET. ¡Toma! como todo el mundo puesto en mi caso lo hubiera creido. Figúrese usté que yo mismo interrogué á la señorita Emilia y ella me dió á entender bien claro que no le desagradaba este enlace.

FERN. ¡Cómo, Emilia dice usted?

URRUET. Aquí mismo, hace un momento. Con esta seguridad, le entregué mi tesoro á cambio del pagaré, y entónces fué cuando el malvado se embriagó ó fingió embriagarse, porque en tan poco tiempo...

FERN. ¡Ah! ¡desde ese momento! ¿Y cree usted que fuese fingido?

URRUET. Pondría las manos en el fuego.

FERN. (¡Será posible!) (Muy vivo hasta el final de la escena.)

URRUET. Pero no sabe usted lo mejor. Ha llegado su osadía hasta el extremo de traer á esta casa á una tal Erminia, que segun dicen, tiene relaciones con su hijo de usted.

FERN. ¿Con mi hijo?

URRUET. Escuche usted; Eduardo riñó con Erminia y con César porque amaba á ésta, y ahora quiere batirse con el otro, porque los dos le engañaban; pero no se batirá, porque es Federico quien debe batirse por él.

FERN. ¿Pero cómo sabe usted?... ¿quién ha dicho?...

URRUET. César, que me ha mandado llamar para que le sirva de padrino y arregle el asunto.

FERN. ¡Todo me lo explico! Venga ese pagaré y tome su dinero.

URRUET. Pero... es que...

FERN. Acabemos, venga ese papel.

URRUET. Ahí va. (Le da el pagaré y él toma unos billetes.) Está corriente. ¿Pero qué piensa usted hacer con ese bribon para...

FERN. Descuide usted, eso corre de mi cuenta. (Toca un timbre y sale José.) José, conduce á este caballero hasta la puerta.

URRUET. ¡Cómo!... ¡Ah!... pero no comprendo... sin duda tiene usted la intencion de...

FERN. Lo que debe usted comprender únicamente es que le arrojo á la calle.

URRUET. Está muy bien. Tengo el honor... Pues lo dicho, no entiendo una palabra.

ESCENA XVI.

D. FERNANDO y FEDERICO.

FEDER. (Saliendo por la primera puerta izquierda con una maleta en la mano.) ¡José!... ¡Ah! usted perdone, llamaba á un criado para que me llevase...

FERN. ¿Se le ha disipado ya la embriaguez?

FEDER. Sí señor, me bañé la cabeza con agua fria y ya estoy mejorado. Voy á ausentarme en este momento, y sólo espero que usted se digne disculpar mi...

FERN. Ante todo suplico á usted que me escuche. Ha introducido usted en mi casa una mujer despreciable; ha intentado usted engañar á mi hija...

FEDER. Permítame usted...

FERN. Ha provocado usted un duelo entre mi hijo y uno de mis mejores amigos, y por último, se ha embriagado.

FEDER. ¿Á qué recordar ahora?... Ruego á usted...

FERN. Pues bien, sólo me falta añadir una palabra. Caballero, ¿me permite usted que le estreche la mano?

FEDER. Yo no acierto á adivinar...

FERN. (Con emocion.) ¡Basta de disimulo, Federico; basta ya de sacrificios! Es usted digno de mi cariño y del perdon que su buen padre le envía, y que tengo el placer de noticiarle.

FEDER. ¿Sería posible? ¡Ah! gracias, caballero.

FERN. Sí, amigo, todo lo sé. Emilia ama á usté y sí es correspondida...

FEDER. ¿Que si la amo? ¡No, la adoro!

FERN. Pues bien, suya es. ¡Ah!... es decir, si cree usté posible entrar en una familia cuyo jefe está deshonrado!

FEDER. ¿Deshonrado? ¿Quién ha dicho eso? Ninguno podrá probarlo. (Acercándose á la chimenea y arrojando en ella el papel que le entregó Urrueta.)

FERN. ¡Ah! Tiene usté razon, Federico, todo ha sido un sueño. ¿Cómo podré pagarle?

FEDER. No. Yo soy su deudor. Me da usted la estimacion de la gente honrada y el amor de Emilia, la joya que más estimo... ¿qué más le puedo exigir? ¡Pero qué digo! ¡No, no, ese matrimonio no es posible!

FERN. ¿Por qué?

FEDER. No me lo pregunte usted.

FERN. Creo adivinarlo. Tiene usted deudas, ¿no es verdad?

FEDER. Sí, señor, deudas considerables.

FERN. Eso no es cierto.

FEDER. ¿Cómo?

FERN. Lo dicho, esta vez tampoco, nadie podrá probarlo. (Arroja el pagaré de Federico.)

FEDER. ¡Ah! que bueno es usted.

FERN. Silencio.

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS, MERCEDES, EMILIA y EDUARDO.

FERN. Querida esposa, hijos mios, os presento á mi mejor amigo y á el esposo de Emilia.

EMILIA. (¡Ah!) ¿Qué dices, papá?

MERC. ¡Cómo! ¡Fernando! Ese hombre que...

FERN. (Que nos ha salvado, señora.) (Ap. á Mercedes.)

EDUAR. ¿Pero papá, despues de un escándalo semejante, ¿qué dirá el mundo?...

FERN. ¿Dirá que Federico es un hombre honrado y que hará feliz á Emilia. Dentro de unos dias iremos á Sevilla, y se firmarán los contratos en casa de un antiguo amigo que nos espera; no es verdad, Federico?

FEDER. Gracias, señor.

FERN. ¿Estás ya contenta, Emilia?

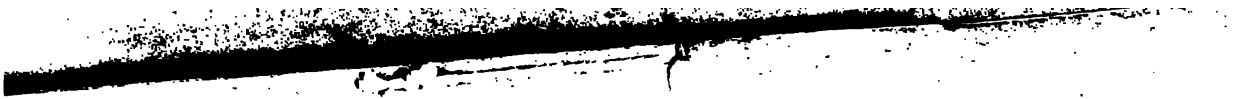
EMILIA. ¿Yo, papá?... Con una condicion.

FEDER. ¿Cuál?

EMILIA. Que no volverá usted á beber Champagne.

FEDER. Si no es más que eso... (Mirando á D. Fernando.)
EMILIA. ¿Rehusa usted?
FEDER. No tal, haré todo lo posible.
Tan sencilla condicion
aceptaré de buen grado,
que ya estoy regenerado
con el paternal perdon.
Y el amor que por tí siento
es tan grande, vida mia,
que él será mi luz, mi guía,
Jordan mi arrepentimiento.
Con esta dulce esperanza,
libre de temor y pena,
será muy grata cadena
MI CARGO DE CONFIANZA.

FIN.



TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
ZARZUELAS.			
¡De los toros!.	1	Sres. Nombela y Castillo.	M.
El amor de un boticario.	1	D. Cárlos Mangiagalli. .	M.
El estudiantillo.	1	Sres. Cuartero y Herndz.	L. y M.
La sombra de Carracuca.	1	Llombart y Garrido. .	L.
Lo que puede decirse, *parodia*.	1	D. Cárlos Mangiagalli. .	M.
Ladrones!.	1	Sres. Cuartero, Amatriain y Ruiz. . . .	L. y M.
Maestro de amor.	1	Navarro y Alcalá Galiano.	L. y M.
Por cambiar de domicilio.	1	Olier y Taboada. . . .	L. y M.
Quítese usted la ropa.	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
Quiera usted á mi mujer.	1	D. Cárlos Mangiagalli. .	M.
Skating Ring.	1	Mariano Barranco. . .	L.
Un crímen misterioso.	1	Sres. Lastra y Valverde y Chueca.	L. y M.
Un maestro de obra prima. . .	1	Ruesga, Valverde, y Chueca.	L. y M.
c. ¡Á los toros!	2	Vega, Valverde y Chueca.	L. M.
¡Bonito país!	2	Valverde, Breton y Chueca.	M.
El empresario de Valdemorillo.	2	R. Carrion y P. Dominguez.	L. y M.
El laurel de oro.	2	Rubio y Taboada. . . .	M.
El pájaro verde.	2	D. Cárlos Mangiagalli. .	M.
Huyendo de ellas.	2	Sres. Povedano, Navarro, Breton y Valle. . . .	L. y M.
Los Madriles.	2	Ramos y P. Doming.	L. y M.
Amapola.	3	Lecoq.	M.
La panadera.	3	Offenbach.	M.
Los sobrinos del capitan Grant.	4	D. M. Ramos Carrion. .	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas. de *D. Alfonso Durán*, y *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo: de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.